

# Reflexiones

Por Partiquino



26 Marzo, 1979

## El sexo explícito

■ Hay veces que leyendo uno distraídamente un diario o revista, se encuentra con alguna observación que, a primera vista, le parece falsa o disparatada, pero que le sigue dando vuelta en la mente hasta que tiene que convenir que lo que le pareció falso es verdadero, lo que le llamó la atención como aparentemente absurdo, corresponde a una estricta lógica.

Es lo que me sucedió a mí, cuando leyendo una entrevista en un diario norteamericano al cuentista John Cheever, el escritor contesta así una de las preguntas que el periodista le formula:

"No me interesa escribir escenas sexuales explícitas. Todos saben lo que está sucediendo en ellas. No puedo recordar, en toda la historia de la literatura, una escena de sexo explícito que sea memorable. ¿La recuerda Ud.?"

La contrapregunta con la que terminaba su respuesta John Cheever era todo un desafío. A primera vista, el hombre estaba equivocado. No en vano es el sexo el gran motivador de personajes y, a la vez, el más frecuente objetivo de ellos en gran parte de los cuentos y las novelas contemporáneos. Sin embargo, tratando de responder la pregunta busqué en mis recuerdos una escena de sexo explícito leída y por más que me esmeré, no anoté ninguna digna de ser especialmente recordada.

En mi búsqueda, por cierto que me remonté a esa dudosa literatura de tiempos de adolescente en que Pitigilli y un autor que se hacía llamar El Caballero Audaz, tenían preponderante figuración. Seguramente en sus libros, siempre leídos a escondidas, había más de una descripción que pudiera quedar catalogada dentro del término de "sexo explícito", pero lo cierto es que ellas, de existir, no pasaban por la prueba de la memoria. De mi memoria, al menos.

De la literatura pasé al cine, seguro que los desinhibidos filmes de las dos últimas décadas habrían dejado una huella imborrable de mis recuerdos.

Y, de nuevo, nada. Por cierto que, siendo como soy, un empedernido aficionado al cine, he presenciado cientos de escenas de aquellas que se llaman eufemísticamente "de alcoba", otras tantas escenas de violaciones y una innumerable cantidad de porciones anatómicas que lo que se llama "buenas costumbres" aconseja ocultar, pero, de nuevo, con gran extrañeza mía, descubrí que ese bagaje de sexo exhibido en los filmes no había dejado la secuela de considerarlos "memorables". Lo único que recuerdo es la escena de violación de "Dos Mujeres" —que hoy se da hasta en la televisión— y lo que en ella me impresionó no fue el aspecto sexual, sino la violencia, la degradación, el sufrimiento y humillación de que son objetos las protagonistas de la película.

Mis recuerdos me llevaron entonces al teatro y aun cuando estuve en New York en pleno período de la llamada "época de la permisividad", las escenas osadas sexualmente las he olvidado y bien recuerdo otras de impactante dramatismo o de regocijante hilaridad, aun cuando algunas de ellas hayan sido interpretadas por actores o actrices que estaban desnudos y cuyas peculiaridades físicas mi memoria selectiva no ha considerado del caso registrar.

En fin, tuve que llegar a la conclusión de que el cuentista John Cheever tenía razón y al preguntarme el porqué, tengo que llegar a la conclusión de que las escenas de sexo explícito son —detalles más detalles menos— siempre iguales y que si el sexo es un motor extraordinario para dinamizar cualquiera trama literaria o dramática, lo que verdaderamente importa, lo que hace que impacte y se recuerde, no es lo que sucede en el acto, sino antes y después.

Esa es la opinión y la experiencia de John Cheever y —modestamente— también la mía.

¿Cuál es la suya?